

¡Lo patriótico!
León Trotsky
14 de junio de 1916

(Versión al castellano desde “Du patriotique!”, en L. Trotsky, *La guerre et la révolution*, Tomo Primero, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 177-179; publicado por primera vez en *Nache Slovo*, 14 de junio de 1916, después en las *Obras* de Trotsky, Ediciones del Estado, Moscú-Leningrado, 1922.)

En la inauguración de la дума, en el Palacio de Táurida, apareció el zar en persona, lo que ha dado lugar a tanta palabrería bizantina en la prensa nacional y en la de las “democracias occidentales”, ¡que nuestros descendientes hasta la séptima generación sentirán náuseas!

“A partir de ahora, ¡nadie se atreverá a llamar a la дума foso de cocodrilos!”, dijo Jvostov a los periodistas, disfrutando de la luna de miel de su carrera; esto no impidió que el hombre que sacó de la nada a Jvostov distribuyera fondos a periódicos y organizaciones que atacan a la дума. *Ruskoe Znamia* (la prensa liberal lo llama vanamente “prusiano”, pues en realidad es nuestro y nacional) recomienda ahorcar a todos los diputados del Bloque Liberal y no teme, al exhibir semejante programa, despertar la ira de su amo. Esta “dualidad” visible confiere al proceso de renovación ruso un carácter un tanto audaz. “Qué entretenido”, podría haber respondido el niño sin pantalones al chico alemán, si se les permitiera dialogar en este momento.

El ministro Jvostov es deslumbrantemente activo. Concede entrevistas dos veces al día, ha abierto, en acuerdo con la dama de compañía Madame Dezobry, cooperativas, ha recomendado el manifiesto de Plejánov, ha aumentado las leyes de la demanda y ha almorzado en el buffet de la дума. Parece que nuestro hombre lo hizo todo. Pero parece que Jvostov hizo su trabajo más importante en silencio; el ministro del interior estaba ocupado organizando el complot contra Rasputín, y quizás otros. Los periódicos rusos nos ofrecen cinco versiones diferentes de los comentarios de Jvostov. Pero los personajes activos son los mismos: el ministro, un periodista, un ingeniero, un judío analfabeto sin derecho de residencia en la capital pero refugiado entre los “cocodrilos” funcionarios, “mademoiselles”, dignatarios eclesiásticos, las “p...”, etc., etc. Bieletsky, exacólito de Jvostov, cuenta a los periodistas que su jefe se inclinaba por los asesinatos al estilo veneciano y los asaltos “en el rincón de la calle”. Como consecuencia de esta afición, Jvostov abandonó el gobierno sin completar su lucha interna contra el agresor alemán.

Hasta ahora, que sepamos, el exministro que había dado 60.000 rublos a Rjevsky, sacados de un presupuesto cuyo “espíritu” aprueba Plejánov, no figura en la lista de presos del estado.

El destino de Sujomlinov, que lleva una vida tranquila, debe reforzar la opinión de Jvostov de que el primero empleó al mismo Rzhevsky sólo que con designios a escala mundial. Se dice que el famoso artículo provocador y no oficial de *Informaciones de la Bolsa*, “Estamos listos”, que causó confusión en todo el mundo, fue escrito por Rzhevsky al dictado de Sujomlinov y en presencia del coronel Miasosiedov, condenado desde entonces por saqueo. Todo esto fue contado a los periodistas por Jvostov. ¡Increíble! Pero entretenido, ¿no? Estos supervándalos han incursionado en la política mundial. Y... Kant... ¿quién se sonó la nariz ante el imperativo categórico? ¡Sujomlinov, que vendió todo lo que sabía! ¡Miasoedov? Imposible responder a la pregunta. Rusia, Rusia, ¿adónde vas?

Y si un destino feliz les hizo caminar de la mano de las democracias occidentales “por el derecho y la justicia”, ¿qué hacen aquí los Rjevskys, los Jvostovs, los Sujomlinovs? “Sin respuesta.”

Entretanto, el ministro de la guerra Polivanov se retiró, aplaudido “a muerte” por la duma, y entonces apareció Chuvaev. No se sabía quién escribiría al dictado del nuevo ministro, y ya la prensa liberal lloriqueaba en silencio, atenzada por un presentimiento... ¡Es horrible!

¡Es horrible!”, gimen los diputados liberales, pues en medio de la unidad nacional, ahí estaba Rjevsky contorsionándose y, a la luz de los candelabros, podían verse en su rostro las perspectivas históricas del Bósforo y los Dardanelos. “¿Qué quieren ustedes, señores? ¿El Poder o los Estrechos?”, pregunta Márkov número II. “No”, responde Shulgin en nombre del Bloque Liberal, “queremos simplemente ministerios cuyos periódicos no escriban lo que escriben ahora”. “Si Rusia debe organizarse para la victoria [Miliukov reanuda el diálogo], debe organizarse para la revolución, más bien diríamos que es mejor dejarla durante la guerra como estaba...” “Como era...” Rjevsky el falsificador y el tramposo Jvostov con sus secuaces venecianos, Sujomlinov y Miassoiedov: sí, esa gente, pero no la revolución. Plenamente consciente de su desamparo político, la prensa liberal gimotea suavemente.

El espíritu de Rjevsky reina sobre el caos nacional. La vida social es un caos total. Rjevsky comercia con carros y somete a ciudades y provincias a un bloqueo como sólo las flotas combinadas de Francia e Inglaterra podrían soñar. Ministros y gobernantes se suceden como sombras fantásticamente distorsionadas en la pantalla nacional.

Rusia, Rusia, ¿hacia dónde corres tan furiosamente? ¿Tú, la Rusia del 3 de junio? A la catástrofe, responde el eco de Petersburgo.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es